

« esta historia de la propagacion del cristianismo con alguna mortificacion y desaliento, si nuestras esperanzas sobre la difusion de nuestra religion dependian del resultado de las empresas que se nos describen en estos volúmenes. » (*Mouth Review*, 1827, p. 252); esto es, de las sociedades de las misiones.

Ahí está todo lo que hemos podido hallar. Estas asociaciones pueden exclamar con verdad:

Quæ regio in terris nostri non plena laboris?

¿Qué region hay en todo el universo, que de nuestro sudor no esté regada?

pero solo de *sudor*; porque, como hemos visto, ellas mismas confiesan que, ó ya sea considerándolas en particular, ó en su conjunto, ningun fruto han producido que sea comparable, no digo á las enormes sumas que colectan y á la multitud de misioneros que pagan; sino que ni aun sea capaz de llamar un poco la atención.

CAPÍTULO IV.

Sobre la manera de estimar las conversiones que se cuentan en los periódicos de las misiones protestantes.

Temo haber abusado ya demasiado de la indulgencia de mis lectores; pero todavía queda una parte muy interesante de mi trabajo, que es, examinar á qué se reducen las conversiones que se suponen obradas, y manifestar con cuánta circunspeccion ha de procederse antes de creer las relaciones de los misioneros protestantes, circunspeccion que se funda en sus mismas confesiones, porque en este tratadito apenas me atrevo á citar ningun autor católico.

En efecto, después de lo que acabamos de decir, podria preguntársenos con razon cómo puede concordarse con los datos que nos suministran los periódicos protestantes sobre las numerosas conversiones obradas por los trabajos de sus misioneros. ¿Es posible que ignoremos que el *Christian Register* de este año (1830) hace subir los prosélitos de la religion wesleyana hasta el año último á 39,000; y los de la sociedad consagrada á la propagacion del Evangelio en

los países extranjeros á 6042? Es verdad que pasa en silencio y con mucha discrecion el número de conversiones obradas por las otras sociedades, excepto los moravos, de que hemos hablado largamente en el capítulo precedente; pero ¿no bastan estos números para refutar mi tesis? Voy á probar que no, y este será el asunto del presente capítulo. Mas antes de entrar en materia, permítaseme una observacion. La sociedad que acaba de citarse hace cien años que trabaja, como probamos en el principio de este tratado, con una renta enorme y con todos los demás medios necesarios; y si parece grande el número de *metodistas* ó de *wesleyanos*, hay muchas ciudades en la India, que segun manifestaremos mas tarde, tienen mas naturales católicos, que no se gloria esta secta de tener prosélitos en todo el universo. A mas de que, pronto veremos el crédito que ha de darse á sus aserciones pronunciadas en aire de triunfo.

Después de haber hecho estas cortas reflexiones, vamos á probar que es falso y engañador el método de que se valen estas sociedades para calcular el número de sus prosélitos.

§ I.

Sobre el número de conversiones de que se jactan, fundándolas en primer lugar en el número de Biblias distribuidas.

Primeramente no debe creerse en sus buenos resultados, calculándolos, como se hace con frecuencia, por el número de Biblias; porque se distribuyen por millares en los pueblos, dándose á todos los que quieren aceptarlas: y por lo mismo no ha de concluirse que hay tantas personas deseosas de la palabra de Dios, cuantos son los ejemplares distribuidos. Ahí va una prueba que sacamos de la *Historia de las campañas contra los Mahratas y los Pindarros*, escrita por el general Hislop: «Estos misioneros, dice, se figuran que basta la distribucion de los Evangelios en chino, en sanscrit, en indio y malayo entre estos pueblos para lograr su objeto; y como envian estos libros á los agentes ingleses y á los magistrados de diferentes puntos, cuentan por ellos el número de sus convertidos, y calculan el fruto de sus trabajos por los ejem-

«plares distribuidos. Yo mismo he cono-
«cido varias residencias de agentes de la
«compañía de Indias en el Oriente, á las
«que apenas llegaba ningun buque que no
«viniese con una caja ó paquete de Biblias
«en chino para distribuir las. El agente las
«distribuía en el país, enviándolas á veces
«por centenares. Los chinos se enteraban
«de ellas, y luego decían que en su litera-
«tura tenían historias mucho mas bellas;
«porque ignoraban si se les enviaban es-
«tos libros para divertirles, ó para su ins-
«trucción. Cuando los habían leído los po-
«nían en un rincón, y el agente no podía
«distribuir mas. Pero el celo ardiente del
«misionero de Malaca no dejaba que sa-
«liese ningun barco sin hacerle nuevas re-
«mesas; de modo que le llegaban á mon-
«tones, por decirlo así, y se le acumula-
«ron tantas en su habitación, que le fue
«preciso ponerlas en un almacén fuera de
«su casa. Este es aquel misionero, conti-
«núa el caballero Hislop, de quien han di-
«cho pocos años hace los papeles ingleses,
«que escribió á la sociedad bíblica de las
«misiones, que se le enviaban trescientos
«millones de Biblias ó de Actos de los após-

«toles. Aprovechando el método indicado,
«fácilmente podrá desembarazarse de este
«número aunque fuera mayor ¹.»

Esta relacion de un escritor protestante se halla confirmada palabra por palabra por una carta, que el señor vicario apostólico de Siam escribe á S. Ema. el cardenal prefecto de la congregacion de la Propaganda, el que con la afabilidad que le es propia, se ha dignado comunicármela. Es de fecha 20 de junio de 1829, y en ella leemos lo siguiente: «Hace sobre diez meses que vi-
«nieron á este país dos emisarios de la so-
«ciedad bíblica, que han esparcido entre
«los chinos una infinidad de Biblias, tra-
«ducidas en lengua china. De las Biblias
«esparcidas por aquí unos se sirven para
«fumar, otros para envolver los dulces que
«venden, otros, por fin, las han entregado
«á los nuestros que me las han traído como
«inútiles. Estos biblistas cuentan los libros
«que han derramado, y cuando escriben á
«Europa suponen por ellos el número de
«gentiles que creen hechos cristianos; pe-
«ro yo que lo estoy viendo digo, que ni
«uno solo se ha hecho cristiano. El rey de

¹ Véase el *Monthly Review*, n. 94, p. 369.

«Siam al principio quiso echarlos; y ha-
«biéndoseles hecho entender en nombre del
«rey que se fuesen, pidieron que marcharan
«tambien con ellos los misioneros apostó-
«tólicos. Barcolo, que es el primer minis-
«tro del rey, les respondió que los sacer-
«dotes franceses gozaban desde el princi-
«pio de la confianza del rey, etc. Me ha
«parecido que temió el rey ofender á su na-
«cion; y como, segun me figuro, le alar-
«garon alguna suma de dinero, hasta el
«presente continúan aquí.»

En confirmacion de lo que he citado ar-
riba del caballero Hislop, está lo que nos
dice el *Journal asiatique* de Paris, que bajo
la fe de documentos auténticos de Macao,
nos asegura, que los ejemplares de la Bi-
blia que tradujo en chino el doctor Morris-
son, é hizo introducir en la China, se han
vendido en la almoneda pública, y que los
mas han sido comprados por los zapateros
para forrar las chinelas ¹.

En efecto, numerosísimos ejemplos nos
demuestran que los gentiles no solo reci-
ben, sino que buscan con avidez las Bi-
blias, sin pensar solamente en leerlas por

¹ *Nouveau Journal asiatique*, 1828, t. II, p. 40.

un fin religioso. Citarémos, para que sir-
va de ejemplo, el modo como Martyn dis-
tribuyó un gran número de ellas: «El 17 de
«noviembre me siguieron muchos (indios)
«hasta el barco, donde les distribuí varios
«tratados religiosos, y algunos ejemplares
«del Nuevo Testamento. Habiendo llega-
«do á Monghir sobre el mediodia, vinieron
«algunos por la tarde á pedirme libros,
«porque *habian oido decir que yo distribuia*
«*copias del Ramayana*, célebre poema indio.
«No quisieron creerme cuando les dije que
«no era el Ramayana... El 18 fué siguien-
«do un hombre mi barco todo el trecho de
«la muralla de la fortaleza; y habiendo
«aprovechado un momento favorable saltó
«á bordo y me suplicó que le diese un li-
«bro, que no creia fuese otro que el Ra-
«mayana.» (*Martyn*, p. 206).

Del mismo escritor sacarémos otro ejem-
plo, que nos hará ver lo que se figuran que
deben hacer aquellos á quienes se entregan
las Biblias: «La Ranea (princesa) de Daud-
«nacor, á la que envié un ejemplar de los
«santos Evangelios por medio de su *pundú*,
«me hizo dar las gracias y me suplicó que
«le hiciese saber lo que debia hacer de ellos

«para sacar algun provecho: si debia re-
«zar alguna oracion, ó únicamente salu-
«darlos, ó hacerlos alguna inclinacion.»
(*Ibid.* p. 240).

Pero no está aquí todo: es cosa probada que se han distribuido ediciones enteras de la Biblia entre personas que no podian entenderlas; y en prueba de esto la version que se esparció entre los tártaros de las inmediaciones del Cáucaso, y que se creia hecha en la lengua de estos pueblos, el *Magasin evangelique* confiesa que no pudiéndola entender aquellas gentes, la hicieron servir de tacos para sus fusiles. (*Journal asiatique*). Y una confirmacion de esto nos suministra el caballero Gamba, refiriendo la conducta de los emisarios bíblicos de Astracan: «Para convertir, dice, los individuos «de las diferentes naciones que habitan en «esta grande ciudad, distribuyen Biblias «traducidas en la lengua de estos diferentes «pueblos, pero como la mayor parte no saben «leer, no pueden hacer de ellas ningun uso; y los «que saben se hallan muy poco dispuestos á «abandonar su religion por otra, á la cual «falta toda ceremonia y todo culto.» Me seria fácil acumular ejemplos para hacer ver

con toda evidencia, que la distribucion de millares de Biblias no prueba ningun progreso del cristianismo, y ni aun el que sean leidas, ó que si las leen los paganos, no las entienden. Mas este es un asunto que merece ser tratado separadamente, y espero no disgustará cuando lo hagamos.

§ II.

Sobre los cálculos fundados en el número de muchachos que frecuentan las escuelas de las misiones.

Tampoco sirve para calcular las conversiones el número de muchachos que asisten á las escuelas de las misiones. Se lee con mucha frecuencia en los periódicos de las misiones, que tal misionero instruye algunos centenares de niños, y aun de adultos, que asisten diariamente á su escuela. Se lee tambien á veces las relaciones de los exámenes que han sufrido en presencia del obispo, en cuyas ocasiones dan una prueba de que han estudiado nuestros libros sagrados. A primera vista ¿quién no creeria descubrir en ellos una iglesia naciente, y

un jóven rebaño del Señor? Y se equivocaria por dos razones.

M. Carlos Lusington, empleado en Calcuta, muy inclinado á las empresas de las misiones, es el que me suministra la primera, que tomo de una obra que publicó en 1844, con este título: *Historia, plan y estado actual de las instituciones religiosas de beneficencia y caridad, fundadas por los ingleses en Calcuta y en sus alrededores*. En la pág. 217 se lee lo siguiente: «Es indudable que los naturales de la India hasta un cierto punto se aprovechan con grande ansia de los medios de educacion que les suministramos, sin que en muchas ocasiones les detraiga de este deseo de adquirir conocimientos el que hayan de recibirlos por medio de nuestros libros religiosos. Y por lo mismo, por mas que consientan en aprender á leer el Nuevo Testamento, no ha de mirarse como una prueba irrefragable de que hayan disminuido sus preocupaciones contra el cristianismo. Esto solo sirve para que conozcamos mejor hasta qué punto las clases mas degradadas aprovechan la ocasion de adquirir un ramo de conocimientos que creen úti-

«les para su bienestar temporal. Por más numerosos que sean los discípulos que concurren á las escuelas fundadas bajo el plan mas perfecto de educacion, no dura esta afluencia sino hasta que sabe el discípulo de leer, escribir y contar cuanto necesita para proporcionarse un medio de subsistencia, haciéndose agregar á la numerosa cofradía de escribientes y tendores de libros (Siccars). Los padres y los hijos se aplican con tanta eficacia á salir bien en este objeto de universal codicia, que no se paran en las doctrinas que se tratan en los libros que leen, de los que se sirven únicamente como de un medio para obtener un empleo lucrativo, y alcanzar ventajas temporales. En el estado en que se halla actualmente su corazon, no puede esperarse un resultado diferente... y en el estado presente de su espíritu, si los libros que han leído en las escuelas han obrado en ellos alguna impresion pasajera, se desvanecerá pronto por falta de renovarla.»

Sobre este punto quiero citar todavía al obispo Heber: «Un misionero anabaptista ha establecido aquí (en Dacca) veinte y

« seis escuelas, que frecuentan mas de cien
« niños, que todos leen el Nuevo Testamen-
« to sin que nadie se oponga... Es verdad
« que en este número habrá pocos que se
« conviertan (*tom. III, p. 399*). Han sucedi-
« do cosas inesperadas en las nueve escue-
« las de la sociedad de las misiones de la
« iglesia, y en las once de la sociedad desti-
« nada á la propagacion de los conocimien-
« tos cristianos, que de poco há se han fun-
« dado en esta parte del imperio. Como es
« formalmente desechada toda tentativa de
« convertir los niños, sus padres los envian
« sin escrúpulo. Por otra parte, aunque pa-
« rece extraño, es sin embargo una cosa po-
« sitiva, que no hacen ninguna oposicion á
« que sirvan como libros de escuela los del
« Antiguo y Nuevo Testamento, y consien-
« ten á todo lo que se quiera, con tal que
« los maestros no obliguen á sus discípulos
« á comer manjares que tiene prohibidos
« su *casta*, ó á recibir el bautismo, ó á mal-
« decir los dioses de su patria... ¿Queda-
« rán imbuidos estos niños con las máximas
« del cristianismo que se les enseñan, ó de-
« jarán que se desvanezcan de su espíritu,
« como nos sucede á nosotros con las fábu-

« las de la mitología que se nos enseñan en
« los estudios? Es una cuestion que la fa-
« llará el tiempo. » (*Ibid. p. 230*).

Lo mismo sucede en otros países donde
tambien son frecuentadas las escuelas por
motivos de interés, como resulta con la ma-
yor evidencia del siguiente pasaje, leído á
la sociedad de la iglesia anglicana: « Siem-
« pre que hemos tenido un pedazo de cual-
« quier cosa para dar de comer á los chi-
« cos, les hemos hallado dispuestos á repe-
« tir sus lecciones. » (*Memoria citada, p. 211*).
Otros misioneros escriben, que para hacer
algun bien á los niños, seria necesario ar-
rebatarlos á sus padres, y alimentarlos al
tiempo que se les instruye. (*Ibid. p. 204*).

De estas reflexiones saco una consecuen-
cia muy importante, la cual pone en esta-
do de juzgar el cálculo de la sociedad wes-
leyana sobre los 39,000 prosélitos que se
supone ocupan el celo de sus misioneros
que arriba presentamos. En las escuelas de
estos misioneros se cuentan 20,000 mucha-
chos: y yo les pregunto, si en el cálculo
deben contarse por separado estos 20,000,
de los 39,000 de que se glorian; si se me
contesta que sí, entonces es una prueba de

que no son compuestas de cristianos las escuelas, y que ni aun hacen cristianos; por que á no ser así deberían añadirse los 20,000 á los 39,000, y al que conoce la manera de hablar de los directores de estas sociedades en sus memorias y discursos, se le hace muy difícil el creer que estos señores se hubiesen olvidado el añadir 20,000 individuos al total, que con toda verdad hubieran podido presentar. Mas si, como parece, en los 39,000 están incluidos los 20,000 muchachos de las escuelas, los hechos que acabamos de presentar manifiestan con qué título se pueden contar entre los cristianos los escolares de las misiones; por consiguiente ha de rebajarse la mitad á lo menos del número que se señala en la memoria.

Tenemos todavía otra prueba demostrativa del error en que se hallan los que calculan los progresos de la religion por la afluencia de los escolares: error en que cayó cierto periódico inglés, por lo que toca á las Indias Orientales. Esta prueba resulta, de que en estas escuelas se observa como una regla invariable el que de ningun modo se enseñe el cristianismo, como nos

lo prueba el diario del obispo Heber. Cuando este visitó la escuela de las misiones de Benares, halló en ella 110 niños, que por una ciudad que cuenta 582,000 almas es un número bien corto. Leian el Nuevo Testamento, sobre el que les preguntó el obispo, y quedó satisfecho de lo que parecian entenderle y amarle (*t. 1, p. 370*). Pero cuando salió de la escuela para visitar el templo de Sira, que es un objeto de curiosidad por las riquezas que contiene, advirtió que le acompañaba un niño braçman, que era precisamente aquel de que mejor concepto habia formado el obispo al examinar los niños de la escuela de las misiones; se le presentó muy atento y se le ofreció por guia, y en lengua inglesa le contó la historia de las divinidades que estaban pintadas en las paredes. «Pero estas «observaciones, continúa el obispo, me «han hecho descubrir un peligro que yo «temí desde un principio. Habia sospechado que algunos de los niños que se educan en nuestras escuelas, podian ser unos «refinados hipócritas, que hiciesen entre «nosotros el papel de cristianos, y entre «los suyos el de celosos partidarios de Bra-

«ma. Estas reflexiones las comuniqué á los
«señores misioneros Trazer y Morris, los
«que me contestaron que M. Macleod les
«habia prevenido ya de lo mismo, y que
«de resultas de sus observaciones habian
«dejado de enseñar el Credo y el Decálo-
«go... esperando que la luz les iluminase
«poco á poco, á proporcion que podrian
«recibirla.» (*Ibid.* p. 379).

No es solo en las escuelas de la iglesia anglicana donde se debe mirar como una señal equívoca de conversion la asistencia en las escuelas, pues lo mismo sucede en las de los anabaptistas. Véase, por ejemplo, lo que escribe el misionero de esta secta en Chistagong: *Mi escuela, dice, forma mi congregacion.* Al oír esto ¿quién no se figuraria que serian cristianos los que la frecuentaban? Esperad, que no lo eran sino en las esperanzas del que escribe. *Espero añade, que no leeré inútilmente todos los dias la Escritura á mis escolares.* (*Reg. des miss.* arriba citado p. 47). La buena señora Judfou, que miro como la fundadora de la mision americana de esta secta en Ragun, en el imperio Birman, tenia igualmente escuela, á la que solian asistir de treinta á cuarenta

muchachas; mas de entre ellas no ha salido jamás ni una sola cristiana.

§ III.

Sobre la manera de calcular las conversiones por el número de los que asisten á los sermones.

Digo en tercer lugar, que no pueden calcularse las conversiones segun aquellas noticias, que serán sin duda las mas, que nos hablan de reuniones inmensas y de una multitud de oyentes en los sermones de los misioneros, aunque sea por millares, y aun de los naturales del país; porque en esto influye algunas veces la curiosidad ó el interés. Aun hay mas: los mismos misioneros nos dan motivos de creer, que ni la asistencia ordinaria al estudio es una señal de conversion. Ahí van algunas pruebas. «Ha sido mucha la asistencia á mis sermones, escribe el misionero de Digah, y ha reinado la mas profunda atencion; pero no hay uno solo de quien pueda decirse: *Aquel ora.*» (*Register* p. 36). «Se reúne los domingos un auditorio de trescientas

«y más personas, escribe el de Kisey; pero hasta ahora ninguna ha tenido orejas para oír, ni corazón para sentir.» Y para dar alguna explicación de semejante paradoja, añade: «Hay aquí sobre quinientas personas que viven de un socorro diario del Gobierno, y que por esto están bajo mi vigilancia. Teniendo de este modo el pueblo á mis órdenes, espero humildemente en el Señor, que su palabra no quedará sin efecto, aunque quizás no vea con mis ojos un resultado que anhelo con todo mi corazón.» (*Church. miss. p. 81*).

Y aquí debemos observar, que seguramente se hallan en el mismo estado las otras misiones que se han fundado en las costas occidentales del África, que en su mayor parte son, como la de Kisey, unas colonias de esclavos cogidos por los barcos de guerra ingleses á los que hacen secretamente el comercio de negros en esos parajes, para venderlos en las islas de la América. Estos desgraciados se encuentran en una plena dependencia de los socorros del Gobierno, que no puede negarse ha hecho poderosos esfuerzos para civilizarlos, y de salvajes casi embrutecidos que son, trans-

formarlos en ciudadanos útiles y gente de bien. No sería por cierto extraño si una buena parte de estas colonias, al recibir los medios de ganar su vida de las manos de sus protectores, recibiesen al mismo tiempo su religión. Por esto son colocadas estas misiones entre las más florecientes, ó para usar el lenguaje misionero, entre las más *alentadoras* de todas las que existen. Pero las citas que acabamos de transcribir, y otras que se han presentado más arriba, habrán dejado ver con claridad la desproporción que hay entre el fruto recogido, y las ventajas con que se ha derramado la semilla.

Lo dicho de las colonias de esclavos de las costas occidentales del África, puede aplicarse á las *plantaciones* que cultivan los misioneros en las islas de la América. De algunos años á esta parte se ha pensado en dar una cierta instrucción cristiana á estos infelices; y á pesar de la obstinada resistencia de sus amos, que no querían sacrificar el trabajo del domingo, se ha establecido, como hemos dicho arriba, que estos pobres esclavos deben asistir á las iglesias, y recibir una tal cual instrucción en las escuelas fundadas para este efecto. Cual sea

la especie de cristianismo que aprenden, lo diremos en su lugar: baste observar ahora que una parte de estas nuevas iglesias, y por cierto que no es la menos numerosa, es ya presa de los emisarios del fanatismo wesleyano. Porque como su modo de conducirse es mas popular, y sus sentimientos son mas entusiastas, cautivan con facilidad los espíritus de las gentes groseras é ignorantes.

Si de estas misiones pasamos á las demás, veremos que en todas partes hemos de guardarnos igualmente de no dejarnos deslumbrar por la afluencia de los que asisten á los discursos de los misioneros. Como hemos observado mas arriba, Martyn tenia todos los domingos en su estacion de Dinapor un auditorio apretado, compuesto de mujeres, que ni aun se atrevia á mirar como parte de su iglesia. Al contrario, continuamente se queja: unas veces de que habiendo reprendido con suavidad á una de ellas por estarse en la iglesia de un modo poco decente, el domingo siguiente no compareció ninguna á su congregacion; otras, que habiendo querido hablar á solas con una de ellas, que manifestaba una

mayor atencion y que al fin derramaba lágrimas, lo rehusó y no quiso hablar jamás con él (p. 279); y otras que habiendo tomado ocasion de declamar contra los dogmas del catolicismo, su auditorio se quedó reducido á la mitad en el domingo siguiente. «Atribuía esta ausencia, dice, á lo que «habia predicado; pero Sabat¹ me asegura que tratan con un solemne desprecio «todo lo que les digo. Sabat, en vez de «consolarme y de alentar mi espiritu en la «pérdida total de mis esperanzas y en mi «desgracia, no hace mas que aumentar mi «amargura con expresiones irónicas, que «me dan á entender cuán inútilmente me «canso en instruir las. No tenia necesidad «de palabras mordaces cuando preveo bien «que después del domingo próximo no vendrá ninguna mas.» (p. 387).

No me parece fuera de propósito el dar aquí un ejemplo de la facilidad con que los escritores saben crear grandes y bellas iglesias segun su capricho, por mas que en rea-

¹ Este Sabat ayudaba á Martyn en la version de las Escrituras en la lengua persa; era una de las primeras y mayores glorias de la mision de la India; pero al fin fue su escándalo y confusion.

lidad no tengan existencia alguna. Una carta escrita en Bombay, é insertada en un periódico protestante, comunica los pormenores de una visita de Cochín en las costas de Malabar. Después de habernos dado una descripción del colegio y casa de tres misioneros, que se habian fijado en aquel punto, nos habla de la congregacion en los términos siguientes: *El número de cristianos protestantes es de 60,000, y tienen 55 iglesias. (Christian Remembrancer, t. vii, p. 643).* ¿Podria figurarse jamás ninguno, que estos cristianos, que se califican de protestantes, sean los cismáticos sirios que ya estaban en aquel país muchos siglos antes que apareciera en el mundo el protestantismo, y que profesan todos los dogmas, por los que *protestan* estos contra la Iglesia católica, y no se diferencian de ella sino por los errores de Nestorio, por los que les condenan los protestantes?

§ IV.

Lo que significan las palabras convertirse ó hacerse cristiano en boca de estos misioneros.

Tampoco es cosa rara el oír de boca de un misionero, que alguno ó algunos se han convertido ó se han hecho cristianos, sin que haya nada de esto. Cuando uno se habitúa á leer sus relaciones, por poca penetracion que tenga, aprenderá fácilmente que esta manera de hablar no significa lo mismo en la boca de un misionero protestante que lo que significa en el lenguaje comun. Cuando veo, pues, que usan este lenguaje, no por esto creo ver una prueba de verdaderas conversiones. Algunos ejemplos nos harán ver que la expresion *hacerse cristiano* tiene otra significacion en Asia y en África, que en Europa.

Una carta de la Jamaica, que trata de misiones, habla así: «Se ha construido una «nueva iglesia. Desde la Pascua de 1819 á «la de 1820, noventa y tres personas han «sido bautizadas, ó incorporadas á la con-